

Al recordar los 40 años de funcionamiento del Instituto me sumo, en representación de los profesores actuales, a la bienvenida a todos los que hoy nos acompañan. En particular celebramos la presencia de la alcaldesa, Pilar y de antiguos alumnos del Centro. Es para todos nosotros una satisfacción que ellos y otros muchos exalumnos que en futuros actos de estas celebraciones nos acompañarán, hayan llegado donde están. Y en este caso yo lo puedo decir con total libertad y sin rozar la inmodestia porque los aquí presentes pasaron por estas aulas antes de que yo fuera profesor del Centro. Espero que no haya sido gracias a ello.

Sirva esto para rendir homenaje a los primeros profesores que inauguraron el Instituto en el año 67. A algunos sólo los conocí por referencias. Con otros he compartido no sólo años de trabajo sino también de amistad y puedo dar fe de su calidad tanto profesional como humana. No quiero dejar de mencionar tampoco a dos personas, presidentes ambos de la Asociación de Padres, con las que tuve la fortuna de convivir muy estrechamente en mis dos etapas como director. A Segismundo, Segis, como le llamábamos todos (en la primera) y a Antonio en la segunda. Fueron un modelo de colaboración, de hombría de bien y de trabajo abnegado. Deposito en ellos el recuerdo afectuoso que el Instituto debe a todos los padres que nos confiaron y confían la educación de sus hijos.

Debemos huir de esa consideración nostálgica de que cualquier tiempo pasado fue mejor. La capacidad selectiva de la memoria, tanto personal como colectiva, nos juega malas pasadas y no nos permite afrontar el pasado con la objetividad necesaria. Cada momento histórico es exclusivo y junto con todos los demás es objeto del devenir interpretable. Porque, en efecto, la historia del Instituto ha sido un fiel reflejo de la vida española en estos últimos 40 años y de la profunda transformación que colectivamente hemos experimentado. Creo que a mejor.

Y como no es momento de hacer una historia del Instituto Virgen de la Luz, permitidme unas breves pinceladas para ilustrarlo.

A los pocos días de terminar las oposiciones a Cátedras, en octubre de 1976, venía a ver el Instituto que había elegido y al que me incorporaría en septiembre del curso siguiente. Eran aproximadamente estas horas y en la misma sala donde nos encontramos, que había sido transformada recientemente de capilla en salón de actos (posteriormente pasaría a biblioteca), se celebraba una asamblea de padres con participación de la Junta Directiva encabezada por su director Pedro Martínez. A mi me introdujeron en el despacho de dirección para esperar a que terminara y en seguida llegó Luis de la Roza para acompañarme. Oíamos desde allí las voces típicas

de una asamblea, sobre todo de una asamblea de los años 70. Los profesores, al parecer, se habían puesto en huelga porque la Delegación obligaba a formar grupos de más de 40 alumnos; algunos padres apoyaban al profesorado; otros protestaban por la pérdida de clases. Luis me explicaba pacientemente que el Instituto rebasaba su capacidad y que incluso cuando se abría el plazo de matrícula los padres hacían cola desde primeras horas para poder matricular a sus hijos y que no se quedaran sin plaza.

Compañeros más jóvenes, no logran entender cómo en las mismas aulas en que damos clase entraban 42, 43 o hasta 45 alumnos. Los veteranos tenemos la clave. El mobiliario consistía en unos diminutos pupitres bipersonales, con asientos abatibles, calculados en otros momentos y que obligaban a los pobres chicos a encajar su humanidad dentro de ellos en condiciones harto precarias. Fueron sustituidos progresivamente por sillas y mesas unipersonales a mediados de los años ochenta.

¡Que diferencia con la situación actual! Ahora consideramos ya grupo numeroso si tenemos 20 alumnos y, como nos ocurre actualmente con los Bachilleratos, situación casi insoportable con treinta. En consecuencia, el Instituto de tener más de 1000 alumnos ha descendido por debajo de los 400. Es quizás, la diferencia más notable: el propio tamaño del Centro. En número de alumnos es aproximadamente la tercera parte de lo que fue.

Aquellos eran tiempos convulsos pero ilusionantes. Todos teníamos la sensación de que el reciente cambio de régimen comportaría un cambio en todos los demás aspectos. Y creo que el Instituto se adaptó muy bien a los nuevos tiempos. Comenzábamos a impartir el Bachillerato Unificado y Polivalente, el BUP, definido por la Ley General de Educación de 1970, que introducía modificaciones didácticas, algunas precursoras de la Logse veinte años más tarde.

El Centro tuvo siempre muchas carencias materiales que las sucesivas Juntas Directivas, conforme a sus posibilidades, fueron resolviendo parcialmente. Al principio muy lentamente porque las disponibilidades presupuestarias eran muy escasas. Sorprende aún que a principios de los años ochenta tuviéramos que funcionar con 1.900.000 pts. anuales. Cantidad ya entonces tan exigua que nos obligaba a restringir hasta las horas de calefacción porque no nos permitía pagar todo el gasóleo necesario.

Poco a poco las cosas fueron mejorando y se pudieron hacer reformas, nunca las suficientes, para un edificio mal concebido y peor construido. Pero es indudable que el Instituto ha mejorado en habitabilidad y comodidad y, sobre todo, en dotación

de medios materiales gracias a una mayor inversión pública. Reflejo de la importancia progresiva que la sociedad y la clase política ha dado a la educación.

Creo sinceramente que nosotros hemos correspondido. En el Instituto siempre hemos procurado trabajar bien y aprovechar lo poco o mucho que teníamos. Os voy a contar un curioso parámetro de trabajo, que brindo a la inspectora por si le pudiera servir. Y También a Adela y a Vitoria, adalides en la defensa del medio ambiente, esperando que no se horroricen en exceso. Tuvimos durante bastante tiempo un proveedor de papel que medía lo que se trabajaba en los Institutos ¡por la cantidad de paquetes de folios que vendía a cada uno! Y según él, ¡nosotros éramos de los más trabajadores de Asturias! No reparábamos en folios, cayeran los árboles que cayeran. Recordareis muchos a Julián en la conserjería, ante la vietnamita, único aparato de reprografía existente, dándole a la manivela, a vuelta por folio, para sacar toneladas de apuntes, comentarios de texto o exámenes que nosotros previamente debíamos “picar” a máquina en clichés. Después nos los guardaba cuidadosamente en una caja habilitada al efecto. Todos los años a la par que nosotros aumentábamos su contenido “científico” iba empapándose de una grasa negruzca hasta convertirse en un cartón pringoso. Aún así cada una de estas cajas, en su humildad, era nuestro pequeño tesoro didáctico del que nos sentíamos orgullosos.

Nada que ver con las 3 actuales fotocopiadoras superveloces, una en color, los sesenta ordenadores, la pizarra digital que comenzará a funcionar en breve y las redes informáticas internas y externas por las que van y vienen, aparte del Sauce (este a trompicones), documentos y más documentos, Proyectos curriculares, educativos, programaciones, planes de todo tipo, corregidos, revisados, y vueltos a corregir de nuevo. Las cajas de clichés han sido sustituidas por los lápices de memoria e incluso, en el vértice de la sofisticación, utilizamos el correo electrónico personal de los alumnos para pasarles directamente apuntes y tareas, con la esperanza, muchas veces vana, de que al menos alguna vez los miren.

Eso sí, los nuevos medios no han liberado de trabajo a conserjes y resto del personal no docente, uno de los grandes activos de este centro. Nos siguen ayudando a todos, profesores, alumnos y padres con su proverbial eficacia y amabilidad. Y las circunstancias especiales que concurren en el día de hoy hacen que sea especialmente obligatorio recordarlo y reconocérselo.

Cambios materiales y técnicos inimaginables hace cuarenta años. Pero cambios también en la concepción de nuestro trabajo docente. Y aquí, quizás, las cosas no son tan brillantes. Poco a poco el Instituto, como todos los demás, ha dejado de ser un Centro de Bachillerato, algo que todos sabíamos muy bien qué significaba y cuáles eran sus objetivos, dónde el núcleo central de actividad era el propio acto de

clase, para ocuparse prioritariamente de algo más bien difuso, de pintoresco nombre, la ESO, tierra ignota donde la acción educativa y la social-asistencial, se confunden sin llegar a definirse ni una ni otra.

Pero dejemos este espinoso tema para otro momento y lugar y terminemos volviendo a dar las gracias en nombre del profesorado, a todos los que en este día de celebración, nos honráis con vuestra presencia.

MIGUEL PASTOR